
MEJORAR LA CELEBRACION

EL BAPTISTERIO (III)

P. FARNÉS

1. ¿Se dan razones para ubicar el baptisterio en el presbiterio?

En nuestros artículos pasados (1) hemos abogado, apoyados en la historia e incluso en la misma teología sacramental, en pro de un lugar celebrativo propio y exclusivo para el Bautismo, diverso siempre del presbiterio. Como vimos el propio Ritual de Pablo VI se pronuncia sin ambages en este sentido: "*Baptisterium sit sacramento Baptismi reservatum*" (Praenot. *De initiatione christiana*, n. 25). Pero no puede negarse que en no pocos lugares —sobre todo en iglesias de edificación reciente— se está introduciendo la costumbre contraria, es decir, se tiende a colocar la fuente bautismal *fija* en el presbiterio. Y a veces esta práctica se presenta incluso como "moderna" o "progresiva" frente a otros procedimientos —bautizar en un lugar apartado— que se juzgan más bien como preconciarios o poco puestos al día. Sabemos incluso de algún lugar en el que los propios responsables de la Comisión diocesana de arte tienen como norma casi obligatoria exigir la colocación habitual de la fuente bautismal en el presbiterio. Veamos, pues, brevemente cuáles pueden ser las motivaciones que se aducen para justificar esta práctica que consideramos poco expresiva y por ello poco recomendable.

2. Bautizar en el presbiterio hace más visible la celebración

La primera motivación que suele aducirse para colocar la fuente bautismal en el presbiterio es que con esta ubicación la celebración del

(1) Cfr. *Oración de las Horas*, sep. 1984, pp. 272-274; febrero 1985, pp. 37-42.

bautismo resulta mucho más visible y se puede “seguir” mejor. Hoy, acostumbrados a la misa de cara al pueblo, parece como si cayera por su propio peso que también es mejor que las demás celebraciones se realicen de esta forma que, a primera vista por lo menos, parece más participativa. Pero esta conclusión no es tan simple como pudiera parecer; presentada así la cuestión, hay que responder que resulta, por lo menos, teológicamente superficial e incluso puede llegar a ser litúrgicamente equívoca. En efecto, hablar de que con este proceder la celebración se “ve” mejor, tiende a presentar la acción litúrgica a manera de espectáculo que “se contempla”. Y la celebración es, en realidad, un acto en el que se “participa”, no un simple espectáculo que debe ser bien visible, que debe “contemplarse” fácilmente.

Por otra parte, bajo el matiz de “participación”, la presencia del pueblo es de índole bastante diversa cuando se trata de la Eucaristía y cuando se trata del Bautismo. En el Bautismo, la participación de la comunidad es sólo un “acompañamiento” al bautizando: únicamente es él —no la asamblea— quien recibe el bautismo; el acto culminante de esta celebración es siempre individual: “yo *te bautizo*”. La Eucaristía, en cambio, es una acción que pertenece a toda la asamblea y que la comunidad entera realiza como acción propia. La mesa eucarística debe estar frente a la asamblea precisamente porque se trata de la mesa común de toda la familia eclesial.

Por otra parte, no debe olvidarse que si la celebración del Bautismo tiene una parte que es radicalmente comunitaria —la Liturgia de la Palabra— porque en ella *todos los fieles* escuchan la Palabra y oran por los bautizandos y por sus padrinos, tiene también otra no tan plenamente común en la que sólo los candidatos reciben *individualmente*, uno tras otro, el sacramento. El Ritual de Pablo VI supone que, como norma habitual, la primera parte, la estrictamente comunitaria, se realiza en el aula de la iglesia (cfr. *Rit. del Bautismo de niños*, n. 115), mientras para la segunda —la liturgia del sacramento— se va en procesión al baptisterio. El deseo de que toda la asamblea “vea” cómo cada uno de los bautizandos recibe personalmente el sacramento podría compararse al de aquella comunidad que deseara “ver” como cada uno de los participantes en la asamblea eucarística recibe la comunión... La acción de bautizar, como la de recibir el pan y el vino eucarísticos por ser una acción repetitiva, si se contempla demasiadas veces, puede incluso resultar monótona para la asamblea. Por ello en la antigua liturgia romana —la actual reforma ha recuperado este uso— el pueblo, mientras cada uno de los fieles comulgaba, ocupaba su atención cantando el salmo de comunión; de manera parecida, mientras los catecúmenos recibían uno tras otro el bautismo en el baptisterio, la asamblea cantaba en el aula de la iglesia las letanías e intercesiones por los neófitos. Hacer, pues, totalmente visible desde el presbiterio, como si se tratara del escenario de un espectáculo, la celebración de cada uno de los bautismos no parece ser la manera más expresiva de celebrar el sacra-

mento ni de promover la participación de los fieles. Pensamos que una procesión festiva al lugar propio del bautismo —precedida oportunamente de una expresiva monición y acompañada de un canto— resultará siempre mucho más expresiva que la visión repetida de todos los bautismos.

3. La fuente bautismal visible en el presbiterio, recuerda a los fieles su bautismo

Es ésta una segunda motivación que suele aducirse para recomendar la ubicación de la fuente bautismal en el presbiterio. Pero nos encontramos nuevamente aquí ante una motivación que resulta por lo menos superficial. La antigüedad cristiana, que tanto hincapié hizo en la importancia del bautismo para la vida de los cristianos —recuérdese, entre otras, la práctica de celebrar con misa propia el aniversario del bautismo (2) o la de las procesiones al baptisterio de las Vísperas festivas de la octava pascual— para recordar el bautismo nunca pensó en colocar el baptisterio en el aula eucarística. La razón última de este aparente “descuido”, es sencilla: el recuerdo, la vivencia, del bautismo es precisamente la misma celebración eucarística. Como hemos dicho anteriormente (3) bautismo y eucaristía tienen un idéntico contenido a través de dos simbolismos distintos: el de la inmersión bautismal que significa y realiza la inserción primera y ontológica del bautizando en la muerte-resurrección de Cristo, y el de la participación en el pan roto y en la copa festiva que significan y realizan la continuidad participativa en el mismo misterio de Cristo de manera habitual, como alimento de cada domingo (e incluso de cada día). El recuerdo, pues, del bautismo es la misma celebración eucarística, sobre todo dominical, no un baptisterio colocado ante los fieles. Colocar en el lugar de la asamblea a la vista de los fieles la fuente bautismal, en el fondo, significa olvidar que es la propia eucaristía la que constituye el sacramento rememorativo de lo que se recibió una vez para siempre en el bautismo.

4. Inconvenientes de la colocación de la fuente bautismal en el presbiterio

Hasta aquí hemos visto cómo las razones que acostumbran aducirse para colocar el baptisterio en el aula eucarística no parecen tener un fundamento sólido. Demos un paso más y exponamos cómo esta práctica tiene además bastantes inconvenientes de tipo simbólico-sacramental y pastoral. Los sintetizaremos principalmente en las cuatro siguientes: a) el

(2) Cfr. DESHUSES, *Le Sacramentaire Grégorien*, vol. I, p. 635, nn. 381-384.

(3) *Oración de las Horas*, febrero 1985, p. 38.

poco realce que tendrá la celebración del bautismo; b) la mayor dificultad en captar el simbolismo y contenido de la celebración eucarística; c) el abarrocamiento del conjunto del aula celebrativa; d) el menor realce del cirio pascual durante la cincuentena de Pascua; e) la desaparición de las procesiones al baptisterio.

5. Poco realce en la celebración del bautismo

La asamblea que se reúne para la celebración de un bautismo debería captar con facilidad y rapidez, incluso a través de la disposición del lugar celebrativo, que se ha congregado para una celebración realmente extraordinaria. Convendría, pues, que los participantes, desde que llegan a la iglesia, lo vieran en aquel día todo distinto. Bajo este aspecto hay que salir al encuentro de una realidad de matiz psicológico que a veces influye en las maneras celebrativas y en concreto en la forma de disponer el lugar celebrativo: se trata de que la actitud de los ministros que bautizan con frecuencia —quizá todos los domingos— es a este respecto radicalmente diversa a la de los padres y familiares del bautizando. Para estos últimos se trata de una *participación* excepcional y única en su género que por ello pide un ambiente celebrativo diverso; para el ministro, en cambio, de un *servicio ministerial* que se repite periódicamente. No sería, pues, equilibrado —ni consiguientemente puede permitirse— que se prime por encima de la participación de los fieles el simple hecho, en el fondo, “clerical” o “ministerial” (aunque sea en el mejor sentido de la palabra) de un ministro para quien el bautismo resulta tan habitual como la eucaristía de los domingos. Es del todo necesario, pues, evitar que la problemática de la acción ministerial se proyecte en la participación activa de los fieles.

Vale la pena subrayar que el Ritual del bautismo es, bajo este aspecto, más equilibrado que el ideal que a veces proponen algunas parroquias. Según este Ritual la participación del pueblo de Dios en la celebración del bautismo no se propone en el sentido de que toda la comunidad —ni tan sólo sus miembros más asiduos— deba estar presente en cada uno de los bautismos, sino que se sugiere únicamente que en ellos la Iglesia quede “representada por los padrinos, padres, parientes y, *en cuanto sea posible*, por los amigos, familiares y vecinos y por *algunos miembros* (v. gr. los ministros, organista, lectores, etc.) de la iglesia local” (*Rit. del Bautismo de niños*, Notas pastorales, n. 11). Insistir en que la comunidad parroquial entera —o el mayor número posible de sus miembros— participe habitualmente en todos los bautismos de la parroquia sería trasladar a la comunidad una función que de hecho corresponde sólo a los ministros. Para el conjunto de los fieles sería desequilibrante convertir una celebración extraordinaria, como es el bautismo, en una celebración periódica y habi-

tual. A este respecto es lástima que nuestro Ritual español no haya recogido la interesante nota de los *Praenotanda* latinos (n. 9), en la que se insiste en la conveniencia de no celebrar con frecuencia el bautismo en la misa parroquial, precisamente para no obligar a los fieles a la participación frecuente en un acto que por su propia naturaleza es extraordinario. Lo mismo cabe decir de la Fuente bautismal: no conviene que los fieles la contemplen habitualmente para que cuando llegue el día de participar en un Bautismo vean el mismo lugar no como el espacio habitual comunitario, sino como la “clínica maternal” donde acaba de ver la luz un nuevo hijo de la Iglesia. Todo este carácter extraordinario del bautismo para la asamblea concreta que lo celebra —padres, amigos, vecinos— ganará realce si la misma fuente bautismal aparece ante los ojos de la comunidad como algo extraordinario.

6. Mayor dificultad para captar el fundamental simbolismo de la celebración eucarística

Los fieles que cada domingo se reúnen en la iglesia deben captar con claridad, a través también de los mismos símbolos del lugar celebrativo, la finalidad que persigue la asamblea. Fundamentalmente se trata de reunirse en torno a Cristo, representado en el Obispo o presbítero que preside, para escuchar una vez más el Evangelio de salvación y dar gracias festivamente al Padre que, por la Pascua de Cristo que se hace presente en los signos eucarísticos, nos hace renacer a una nueva esperanza (cfr. *Sacr. Conc.* n. 106). Reunión, Palabra, Banquete festivo son los tres polos de la celebración cristiana. Estas tres, como columnas de la asamblea festiva, quedan como materializados en tres lugares visiblemente destacados: la sede, el ambón, la mesa eucarística. Si a estos tres signos se añade, cerca de los mismos, la fuente bautismal, el conjunto queda, sin duda alguna, menos claro y, consiguientemente, menos significativo.

7. Abarrocamiento del lugar celebrativo

La Constitución *Sacrosanctum Concilium*, al tratar de los signos litúrgicos insiste en que estos deben “resplandecer con una noble sencillez” (n. 34) para que el pueblo cristiano pueda comprenderlos fácilmente (cfr. n. 21); ahora bien, si en el lugar celebrativo se destacan los signos fundamentales de que hemos hablado en el apartado anterior —sede, ambón, altar— tenemos una presentación simbólica clara; pero si a estos tres signos añadimos un nuevo elemento —que por sus dimensiones tendrá que sobresalir siempre— esta claridad y sencillez de los signos quedará por lo menos muy comprometida y el conjunto indudablemente abarrocado. Ya hemos notado más arriba que a ello no puede objetarse la conveniencia de rememorar el bautismo a través de una fuente bautismal siem-

pre visible, pues esta memoria sacramental se realiza precisamente a través de los signos de la celebración eucarística de que acabamos de hablar. Además, si se admitiera la conveniencia de añadir un signo explícito del bautismo... ¿No se requerirá también otro símbolo que recuerde a los casados su matrimonio —sacramento también de la entrega pascual de Cristo a su Iglesia— o para los débiles y ancianos un signo de la unción de los enfermos —sacramento de la pascua que vence la debilidad humana— y así, consiguientemente, otros signos de las demás realidades sacramentales o mayores de la vida cristiana? Ello representaría indudablemente, un abarrocamiento del lugar de la celebración que, a fuerza de signos, acabaría por resultar “in-significante”. Pero no; es la Eucaristía con sus lugares celebrativos y sólo ella la que manifiesta de modo habitual la participación de los fieles en el misterio de Cristo. Los otros sacramentos no son en manera alguna habituales y por ello no deben quedar significados habitualmente en el lugar de la celebración.

8. Menor realce del Cirio Pascual durante la Cincuentena de Pascua

La celebración de la Pascua anual es y debe aparecer como el punto álgido de todo el año litúrgico, como la “Fiesta de las fiestas” y como aquel gran domingo que se prolonga ininterrumpidamente durante cincuenta días (cfr. *Normas universales sobre el año litúrgico*, n. 22). Ahora bien: entre los signos litúrgicos que manifiestan la preeminencia de la Cincuentena pascual frente a las demás celebraciones del año litúrgico hay que enumerar, y en lugar preeminente, el Cirio pascual que, iluminado en la Noche Santa, resplandece ante los fieles *únicamente* durante estos días festivos o en algunas pocas ocasiones que bajo algún aspecto conviene equiparar a la Pascua (muerte del cristiano y bautismo). Si este Cirio festivo se contempla, contra lo que suponen los libros rituales, habitualmente en toda celebración, su valor pedagógico desaparece. Por ello el Misal advierte que “acabado el tiempo de Pascua, se apaga el Cirio pascual, que es conveniente colocar en un lugar digno del baptisterio, para que, en la celebración del bautismo, se enciendan en su llama los cirios de los bautizados” (cfr. Misal Romano, p. 359). Pero retirar el Cirio de la vista de los fieles y “colocarlo en el baptisterio” resultará imposible si el baptisterio está situado en el mismo presbiterio. Una vez más, pues, colocar la Fuente bautismal en el presbiterio empobrece la rica variedad del año litúrgico.

9. Desaparición de las procesiones al baptisterio

El *Ritual del Bautismo* —lo hemos notado ya— supone que después de las letanías y de la unción prebautismal —es decir, cuando todo está ya

dispuesto para la celebración del Sacramento— la asamblea, o por lo menos los padres y padrinos de los bautizandos, van procesionalmente al baptisterio. Esta procesión, que figura ya en liturgia bautismal solemne desde la más remota antigüedad, es una de las notas que marca bien el carácter extraordinario y diferenciante de la celebración del bautismo; y esta nota desaparece totalmente si la fuente bautismal se ha colocado en el presbiterio. Sin esta procesión el conjunto de la celebración queda más semejante a las celebraciones habituales, es decir, tiende a que la celebración del bautismo se parezca cada vez más a la celebración dominical de cada semana.

Es indudable que para los ministros resulta más cómodo —más “práctico”— tener el escenario —el presbiterio— siempre dispuesto para toda clase de celebraciones y seguir unos esquemas celebrativos uniformes; ellos, en efecto, han de repetir con frecuencia tanto el bautismo como la eucaristía; pero para los fieles, en cambio, que han de participar en la celebración del Bautismo ésta les debe resultar siempre extraordinaria; y para ello, ver un “decorado” diverso al que habitualmente contemplan cada domingo y participan en una celebración cuyo esquema es distinto al habitual es, sin duda, enriquecedor. Y no puede olvidarse que los fieles son los destinatarios principales de la celebración mientras los ministros no son sino los “servidores” de la comunidad; y nunca la celebración ha de hacerse con miras a lo más fácil en vistas a los “servidores”, sino pensando en lo más significativo para los fieles.

Notemos para finalizar que, si bien es verdad que una de las “novedades” del *Ritual del Bautismo* de Pablo VI es precisamente el hecho de que admite por vez primera la celebración del bautismo realizada toda ella en el presbiterio, con todo es preciso decir también que este modo de proceder en dicho Ritual se presenta no como habitual, sino como excepcional, es decir, para casos especiales; de ello hablaremos en nuestro próximo artículo.